

impuestos interiores. Es sabido que en la medida que el Estado diversifica sus fuentes de ingresos, su dependencia respecto de esta actividad disminuye.

Para la década de 1890, cuando los impuestos interiores del timbre aumentaron, fue posible llevar a cabo una política comercial favorable a las manufacturas, liberalizando insumos y bienes para la industria y protegiendo la producción interna. Por lo que para el

periodo comprendido en esta obra, sería conveniente analizar cómo el aumento de los nuevos gravámenes interiores —sobre todo el impuesto sobre la renta y a las industrias— coadyuvaron a implementar la política de proteccionismo industrial y la sustitución de importaciones. Ciertamente, en la medida en que la economía nacional creció, y más la actividad interna, la hacienda federal se hizo más grande y menos de-

pendiente del comercio exterior, lo cual sin duda ocurrió sobre todo en los últimos años del periodo estudiado. Otra variable por analizar sería la política comercial de nuestro principal socio comercial (Estados Unidos), porque así como el Arancel Mackinley de 1891 tuvo repercusiones en las exportaciones mexicanas hacia ese país, cabe examinar los efectos de las políticas proteccionistas estadounidenses de la década de 1930.

## Problemática de la escritura-reescritura de la historia en la obra *Yo, el francés*

Solène Garotin

Jean Meyer, *Yo, el francés. Biografías y crónicas. La Intervención francesa en primera persona*, México, Tusquets, 2002.

**U**sted el francés, ¿será cierto que prefiere a las lectoras? Yo lectora nunca tiré su libro, siempre estaba a mi lado en mis viajes a México y a Vincennes; lo leí por etapas hasta llegar al “FIN”. Hace más de un año se me dio la oportunidad de sacar mis “propias conclusiones”, pero todavía no estaba lista como para ponerme a escribir... cuando este verano dentro de mis investigaciones sobre los soldados de la Intervención que se asentaron en México me topé con

la tumba del oficial Marilhat, 7° de línea en el Panteón de Orizaba: murió el 5 de febrero 1867. ¿Usted acaso lo conoció?

El periodo al que se refiere esencialmente el libro de Jean Meyer es la intervención francesa en México (1862-1867). Si los elementos históricos participan de la creación meyeriana, la atmósfera creada por el historiador y las continuas interrogaciones tienen más valor. El discurso histórico de Jean Meyer se caracteriza por la voluntad de renovación formal y un reanudado interés por la historia; por ende, representa un hito en la manera de pensar y hacer historia. El libro resulta polémico ya que remite a los conceptos de historia, novela, estatus y pa-

pel del historiador. Puede suscitar debates teóricos y por eso se encuentran opiniones muy diversas respecto del libro, pero nunca deja indiferente al lector. El historiador plantea la problemática del discurso crítico, teórico o literario sobre la historia: ¿cómo escribir la historia? A lo largo del texto el autor nos proporciona observaciones personales y reflexiones sobre la escritura de la historia. La construcción histórica no sale de la nada; un historiador no existe independientemente de sus predecesores y modelos, pues pertenece a una tradición: “No dirás los nombres de los que no consideras como tus padrinos, pero puedes decir que los tuyos se llaman Herodoto y Aristóteles, Max Weber y Paul

Valéry, Marc Bloch y Luis González” (p. 268).

El procedimiento se entiende como un principio organizador. A primera vista la labor es incommensurable, caótica, informe y el autor-historiador insiste sobre la regularidad, el orden por el cual todo se encamina hacia un estado final:

El tiempo se llenó, de mayo a 1863; después se vació y se sintieron brevemente felices. El tiempo volaba, de mayo de 1863 a mayo de 1865; el tiempo se arrastraba, se arrastraba hasta el final deseado y temido. Todo es mentira y todo es verdad, en los expedientes del Servicio Histórico de los Ejércitos de Tierra, como en la vida. El autor tiene que terminar, desea vivir su vida, la cual se acabará pronto y para él no es muy cómodo perseguir a tantos héroes, tan fastidiosamente; y eso que muchos quedan en espera en su fichero, en su memoria, en la de su computadora, en su tintero ( pp. 263-264).

El texto está organizado en tres libros distintos que son en realidad tres historias. El Libro I, titulado *Vidas breves* (subdivido en cuatro partes: “Unos viejos generales”, “Ellos: al justo medio del contraste”, “Lo mejor y lo peor: el yo del francés” e “Historias”, sección que se prolonga con el “Epílogo: El mito de los archivos” y el “Prólogo”), nos cuenta la historia de los oficiales que participaron en la expedición francesa en México y la del historiador en fase de génesis. El Libro II —*Comentarios,*

*bifurcaciones, brocados, incisos*— permite al historiador argumentar sus elecciones y sus propios puntos de vista. Mediante la aportación de datos históricos de peso muestra su carácter académico complementando la subjetividad del libro anterior y da a conocer el método de trabajo: la ficha modelo elaborada para su utilización estadística y las fuentes de primera mano: las cartas de oficiales. El Libro III, *Dicen que la historia es una ciencia*, explica de manera objetiva y matemática los resultados obtenidos: los datos estadísticos.

El narrador omnisciente ocupa un lugar importante en la descripción del proceso de creación, para permitir explicar el fenómeno tan complejo de la fábrica de la historia. Los diálogos instaurados por él permiten introducir al lector en el mundo interior del historiador, le dan la posibilidad de observar el trabajo de construcción y la psicología particular del historiador, de ver la evolución de su pensamiento. Proporciona también la ocasión de describir todas las dificultades con que se enfrenta. El realismo —que se caracteriza por querer abarcar y describir con minuciosidad todas las variedades de la experiencia humana desde una perspectiva lo más objetiva y científica posible— se determina no tanto por el tipo de realidad que representa sino por la manera en la cual esa realidad es representada; es decir, por las técnicas que construirán un determinado tipo de discurso:

La difícil experiencia de esa representación te inclina hacia el otro extremo; en sueños quieres transformar en horizontal, en el

espacio, esa tendencia fatal de los libros a crecer arriba, a alcanzar las mil y dos mil páginas; en tu caso esa desgraciada vertical ha sido diseñada por la escasa, nada escasa, superficie del archivo de Vincennes [...] Sabes perfectamente que tu problema es de concepción y de escritura: ¿cómo restituir toda la generosidad de la vida extrañamente conservada en una institución dos veces burocrática, dos veces institucionalizada como el Servicio Histórico de los Ejércitos [...]? (pp. 263-269).

Jean Meyer nos permite la reconstrucción de las circunstancias en las que nació su libro. Así *Yo, el francés. Biografías y crónicas, La Intervención en primera persona* es, teóricamente, la transcripción de una investigación de diez meses en los archivos militares de Vincennes hecha por el doctor Jean Meyer: “Finalmente, decidí aprovechar a fondo la oportunidad única que constituye una estancia de diez meses en París, para juntar todos los datos biográficos posibles, sobre el mayor número de casos. Eso me tomó nueve meses, a razón de cuatro días por semana, de 9 a 17 h, gracias a la comprensión y la generosidad del coronel André Bach, del coronel Bodiniér y de todos sus colaboradores, tanto en la sala como en los almacenes.” (p. 277).

En literatura el artificio del manuscrito o archivo encontrado es conocido, lo hallamos incluso en el Quijote:

Que el prólogo podrá ser, pero no es el caso para no abusar, la

historia de una investigación y de un manuscrito, algo como *El Archivo de Vincennes* o de *México*, que no de Egipto, de Egipto es Napoleón I, que no Napoleón III, y Sciascia es un narrador de verdad. [...] Sueñas con un montaje de documentos manuscritos, impresos y gráficos para lograr algo tan justo como *La hija del capitán* de tu querido Pushkin, el mulato del norte, o como un drama histórico de Shakespeare. Sueñas, pero sabes que el resultado no está a la altura de tu sueño porque no eres ninguno de los autores citados (p. 269).

Pero en historia no hay artificio, hay fuentes: “Podrías escribir una larga excursión sobre tus fuentes y dar la catalogación exacta de los cientos de expedientes que localizaste en los archivos [...]” (pp. 268-269). Las fuentes históricas permiten iniciar la historia al narrador. Constatamos la alternancia entre un narrador implicado en la Historia que se expresa en primera persona y otro que se identifica con el Jean Meyer autor-historiador. Dicho de otra manera, se desarrolla a partir de dos narradores, uno de los cuales cuenta en primera persona, cuando el otro es un narrador omnisciente. Este procedimiento permite dar valor testimonial y verosimilitud. Con esta dualidad de voces se sugiere que la percepción de la realidad (de la verdad histórica) puede variar según el enfoque.

La acción, que transcurre entre 1862 y 1867, se encuentra rigurosamente insertada en la historia de los oficiales franceses de la gue-

rra de Intervención. Jean Meyer se sirve de ese conjunto de datos para armar un libro con numerosos elementos entre históricos y biográficamente auténticos. Los elementos socio-políticos que conforman el mundo de los oficiales transcriben la realidad del ejército imperial. Se trata de hacer una ficción a partir de personajes y lugares históricos... y todos esos oficiales, teniendo tanta importancia histórica, también podrían ser ficticios. Su conjunto es una serie de testimonios a la manera de voces de la memoria colectiva, a quienes se les da la oportunidad de expresarse. Jean Meyer hace de la gente y de los acontecimientos de la Intervención francesa en México un género donde ficción e historia se confunden: “Prometes no borrar las fronteras entre la ficción y la realidad; dices quién habla y dices cuando hablas tú; señalas tus trucos. ¿No lo creen? Acuérdense del tío alsaciano: Herrgottzaish” (p. 271).<sup>1</sup> Más allá del contexto his-

<sup>1</sup> El escritor y crítico uruguayo Fernando Aínsa recuerda que: “Las relaciones entre historia y ficción han sido siempre problemáticas cuando no antagonistas [...] En América Latina esta relación es evidente. La ficción ha sido el complemento necesario de la historia de las crónicas y relaciones del periodo de la conquista y colonización. La relación es también evidente en el entrecruzamiento de los géneros a partir de la ficcionalización y “reescritura” de la historia, que recorre buena parte de la narrativa actual”. Véase Fernando Aínsa, “La reescritura de la historia en la nueva narrativa latinoamericana”, en *Cuadernos Americanos*, vol. 4, 1991, pp. 18-27. Asimismo, ya lo había recordado Alejo Carpentier: “No veo más camino para el novelista nuestro en este umbral del siglo XX, que aceptar la muy honrosa condición de Cronista mayor, Cronista de Indias, de

tórico, pueden representar a cualquier hombre: soldado u oficial. Con *Yo, el francés*, podemos decir que el autor no respeta siempre la verosimilitud histórica, pero sí es rigurosamente científico y objetivo.<sup>2</sup> Nombres, acontecimientos, le sirven como punto de partida para disparar su labor histórica. Así utiliza datos de primera mano u olvidados, como factores dentro de su propia concepción de la historia. Convirtiendo personajes históricos en personajes novelescos, cuestiona la legitimidad histórica: “Te dicen tus colegas que a lo menos existen ‘documentos’, pero tú sabes que los famosos documentos son ‘hechos’ también, acontecimientos fabricados como los expedientes de tus militares o los de la Reforma agraria, o los registros de Notarías [...] ¿Será singular cualquier ‘hecho’ histórico? No, específico. ¿Y qué dirás de la pretensión de lograr la objetividad?” (p. 268).

La historia, vista desde la contemporaneidad del historiador Jean Meyer, afirma no destruir el pacto mimético (principio implíci-

nuestro mundo sometido a trascendentes mutaciones”.

<sup>2</sup> Sin embargo: “¿Cómo optar entre hechos imaginados y hechos documentados? ¿No se complementan acaso en sus oposiciones y contradicciones, en sus respectivas y opuestas naturalezas? ¿Se excluyen y anulan el rigor científico y la imaginación simbólica o alegórica? No, sino que son dos caminos diferentes, dos maneras distintas de concebir el mundo y de expresarlo y fecundar a su modo la mente del lector, verdadero autor de una obra que él la reescribe leyendo, en el supuesto que lectura y escritura, ciencia e intención, realidad e imaginación se valen inversamente de los mismos signos”. Véase Augusto Roa Bastos, *Vigilia del Almirante*, Madrid, Alfaguara, 1992, p. 133.

to de que la narración reproduce, imita, con la mayor fidelidad posible, la realidad): “Sin la escritura lograda de tu texto seguirá en busca de su lectora, lector y no podrás cumplir lo pactado. El pacto es que no manipulas a la lectora, ni al lector, no le impones tu lectura, sino le ofreces tu mediación. Debes dar a entender, después de haber entendido primero; debes gustar también. Difícil” (p. 271). Aquí Jean Meyer plantea también el problema de la mediación; su construcción llega a ser una estructura de inteligibilidad: ni meramente mimética, ni verdad absoluta, sino una mediación entre presente y pasado. Va cobrando un valor regresivo, a saber: regresa a un estado anterior para recuperar la verdad histórica.

Al dejar de apoyarse solamente en el conocimiento del mundo referencial (los expedientes militares), el estatus de la historia cambia y necesita una organización más compleja, ya que no se trata de transcribir una realidad sino de crear una nueva. De ahí el desarrollo de técnicas narrativas y de un discurso metanarrativo destinado a hacer participar al lector, bueno a la lectora. El nuevo papel del lector consiste no en interpretar un sentido construido de antemano, sino en construirlo él mismo. Así debe entenderse entonces que el libro de Jean Meyer se construye como reacción a la historia tradicional. El interés del libro tiene que ver con la problemática en que se encuentra la ciencia de la historia en sí. ¿Es la Historia una serie de ficciones adaptadas para los propósitos políticos, académicos y culturales o

simplemente la verificada y auténtica recopilación de datos y hechos?

La obra de Jean Meyer cuestiona también el principio de nacionalidad. La identidad nace del sentido de pertenecer a una colectividad unida por lazos históricos y populares. Finalmente, ¿quiénes eran estos oficiales del Ejército de Imperio y quién soy Yo, Jean Meyer? Por medio de la travesía, el historiador adquiere un conocimiento trascendente que nos da a conocer. El título mismo *Yo, el francés* remite a una subjetividad extrema, la del propio Jean Meyer, predominante en el texto; pero también, ¿cómo no verlo como un guiño de ojo a uno de los clásicos de la nueva novela histórica como *Yo el Supremo* del paraguayo Roa Bastos? Más que el contexto histórico —que es la guerra de Intervención— desde el principio fuentes de primera mano y testimonios orales se mezclan y expresan esta dualidad característica del propio autor: historiador/hombre y escritura/oralidad. Dualidad que explica en parte la innovación de Jean Meyer en su afán de definir su identidad y de explicar su trabajo de historiador:

Reconoces la subjetividad de aquellos hombres y subrayas la tuya, la del historiador que jura ser veraz: doble reflexión sobre el yo de esos franceses a 130, 140 años de distancia, y sobre tu yo franco-mexicano. Dile a la lectora, al hipotético lector quién eres: provenzal alsaciano francés mexicano, nacido en Niza, como Garibaldi; Sorbona, Colegio de México, Perpiñán,

Colegio de Michoacán, México, D.F.: CEMCA, CIDE. Enseñas historia de México e historia universal. Amas al campo y a las letras; quisieras algún día entender la distancia que separa a las iglesias latina y ortodoxa; te casaste con una chichimeca; tienes cinco hijos y un número aún indeterminado de nietos (p. 270).

Explica que la investigación empiece en Vincennes, con la evocación de los recuerdos que marcaron el trabajo del historiador, y se termine también en Vincennes, a modo de conclusión del itinerario de Jean Meyer; como si el libro reconstituyera las trayectorias del autor y de los oficiales antes, durante y después de México.

Según G. Lukács,<sup>3</sup> lo que constituye la especificidad de la novela histórica es la estrecha relación entre lo ficcional y lo histórico. En otros términos, la noción de novela histórica sólo adquiere sentido con relación a un referente histórico, al cual se dará mayor a menor importancia. El referente histórico de Jean Meyer obviamente es mayor y central, a saber, los expedientes de los archivos militares de Vincennes. Pero afirma: “¡No es una novela!” (p. 191), y reafirma “¡Ojo! No es novela [...]” (p. 271).

Obviamente Jean Meyer está por encima de la problemática de la reescritura de la historia y concibe la escritura de manera pluridisciplinaria. La originalidad de *Yo, el francés* reside en su inten-

<sup>3</sup> G. Lukács, *Le roman historique*, París, Petite Bibliothèque Payot, 1965, p. 35.

to de inventar un nuevo lenguaje como espejo del papel del historiador, pues tal escritura es una forma de compromiso entre historia y creación literaria. Novela histórica o Historia novelesca ya no es el problema. Esta necesidad de escribir traduce el gran dilema que es ser historiador y escritor. Jean Meyer parece entrever su oficio como parte de un proyecto “sin fin” que participa en renovar la manera de hacer y escribir la historia. Con su obra se refleja la variación constante y como lo dice él mismo:

Basta con esos oficiales, esos personajes bajo tu pluma, tu máquina de escribir, tu lápiz, hay que saber terminar. Dices que en realidad el autor no eres tú. En tal caso, ¿quién es el autor? Eso no es nada claro; ellos, posiblemente. Tú no eres más que su logógrafo, el escribano. ¿Tantos años después de su muerte? ¿Por qué no? ¿Cómo lo vas a hacer y qué va a ser de ti entonces? De cierta manera, si todo termina para ellos, te pasará lo mismo. ¿O no? [...] Y sin embargo, ¿crees realmente que no tienes ninguna responsabilidad en esa historia, que no eres más que un investigador ocioso, sin obligación moral hacia tus personajes, y que ahora te sientes cansado, o aburrido o sencillamente necesitado de acabar con ellos? Y sin embargo, son personajes, fueron personas y su libro necesita una conclusión, no se puede acabar sin más con tres letras: FIN (p. 266).

“Es el fin”, piensa Meyer sin creérselo. Hace tiempo, por lo me-

nos desde que empezó el epílogo, que se le olvidó escribir. La cursiva es mía, pero no hay más necesidad de cursiva; realmente, esto es el fin.

La historia es sin fin, bien lo sabe usted, pero las historias tienen un final como su libro. Seguímos. La verdad, yo lectora, a veces me confunde: ¿los hechos y los personajes históricos mismos sólo representan referencias concretas de lugar y tiempo para preservar la ilusión de un relato verídico, o se trata objetivamente de un producto de investigación histórica? Pero no hay que equivocarse como bien lo dice Jean Meyer:

Tienes derecho a tirar la toalla, tanto como la lectora tiene derecho a tirar el libro; pero si es tan amiga tuya que haya llegado hasta aquí, que saque sus propias conclusiones, que prolongue su impresión de conjunto hurgando entre los comentarios y excursiones, pláticas y bifurcaciones. Verá que respetas las reglas prescritas por la moral de la profesión, que eres un profesional, entendiéndolo por eso que tu profesión te da de comer, que por lo tanto perteneces a un gremio que tiene sus rituales, su jerarquía, su academia, su pequeño terrorismo interno (p. 266).

¡No, de verdad no se trata de una novela! Jean Meyer no es un novelista, es un historiador que acude a los materiales literarios para proveerse de los elementos que requiere para su producto de investigación. Porque *Yo el francés* es un texto sobre la memoria. La historia, releída en la perspectiva

del tiempo transcurrido desde el presente, permite esta deconstrucción del pasado. Los personajes establecen un vínculo entre pasado y presente. El escribano llega a representar la comunidad de los oficiales, tiene el poder de la palabra para contar y representarla:

Afirmas que cumpliste, hasta cierto punto; que tenías la ambición de captar lo que esos hombres vivieron para transmitirlo; que la captura, sí la lograste, eso dices; que la transmisión es otro asunto. De cierta manera hablaste en representación de esos hombres, por más que no te hayan elegido como su representante; representando a su vida breve en México, antes de México, reescribes, retraduces, aproximamos el enigma de lo que tuvo lugar una vez y es totalmente ausente. Presencia de la ausencia (p. 271).

En oposición, el historiador simboliza el testimonio escrito, no se fía de la palabra y nos invita a tomar conciencia al respecto. Historia escrita y oralidad en forma de diálogos y cuestionamientos permanentes se completan, se nutren en un mismo discurso; se enseña una totalidad, una creación donde existen simultáneamente cosas que creemos antinómicas para producir un discurso histórico. Reescribir la historia con las dos vertientes (escritura/oralidad) no es fácil, pero sí imprescindible para construir una memoria colectiva. Se trata de recordar a los individuos de la memoria colectiva, los que han escapado o han sido ocultados por las his-

torias oficiales. Al espacio meyeriano tienen acceso para tener un papel, al igual que los demás. En esta actitud histórico-literaria, la actividad de Jean Meyer debe ser entendida como arte y como trabajo. En efecto, es como forjar a partir de la confusión de los puntos de vista, de las voces, de los valores, de los estilos, un lenguaje apto para escribir la historia. Él parte de la realidad de su sociedad y de su historia a través de la incesante aventura del hombre en busca de su identidad individual y social. Una identidad que deben construirse los hombres, y en particular los hombres de cultura oral, sin traza escrita con la cual acceder a las esferas donde se produce la memoria social: “La historia de una nación no está en los parlamentos ni en los campos de batalla, sino en lo que las gentes se dicen en días de fiesta y de trabajo, y cómo cultivan, se pelan y van en peregrinación”, dice Joe Gould. Y continúa: “El Cuerpo Expedicionario, como todo México, hirvió de chismes durante los años de relativa paz, y con la reanudación de la guerra en 1866 y la bajada acelerada hacia el desastre los chismes alcanzan una intensidad fabulosa” (p. 386).

El historiador Jean Meyer difiere de sus antecesores por la manera en que utiliza el concepto de ficción en el desarrollo y manipulación de sus datos históricos. En este sentido, *Yo, el francés* revela una creación muy interesante e innovadora. Su obra va más allá de un tipo de narrativa, de una experiencia literaria. Cuestiona la frontera entre historia y ficción, es decir: la legitimidad del discurso historiográfico oficial al efec-

tuar su relectura. Multiplicando las maneras de contar y los puntos de vista, se borran los referentes inmediatos y se relativiza toda posible verdad histórica. El libro tiene ciertos rasgos característicos de la novela histórica: la referencia a ideas filosóficas, la distorsión de la historia, la ficcionalización de personajes históricos, la intertextualidad y los conceptos bajtinianos de lo dialógico, lo carnavalesco y la heteroglosia hasta poder decir que ha nacido un género atípico. Nos hace reflexionar sobre la posibilidad de conocer y reconstruir el pasado histórico, de presentarlo desde una perspectiva diferente. Las referencias a la historia y la intrahistoria de la Intervención francesa son varias, el autor crea un mundo con el cual se puede identificar el lector. Leyendo, reconstruye la historia desde su presente y en una actitud crítica. Pero se trata de un libro muy fragmentario que exige la participación de un lector competente que pueda tomar parte activa en esa labor desacralizadora para discernir entre lo verdadero y lo falso: “Es cuando decidiste concluir un pacto de verdad con tu lectora, con tu hipotético lector [...] Puedes decir que el texto que ofreces es un relato verdadero y no una ficción; tu orgullo es que no inventas nada” (p. 270.) Por todo ello, su libro constituye una fuente de conocimiento del pasado que ningún historiador puede negar. Así llegamos a la conclusión de que el enfoque histórico no pretende ser novelesco, obedece a principios fundamentalmente adoptados por la ciencia.

A la postre, la obra viene a simbolizar aún más esta búsqueda de

la identidad en su sentido más agudo, en vista de que fue escrita por un autor francés radicado en México. *Yo, el francés* es Jean Meyer, un francés nacionalizado mexicano quien entre biografías de oficiales y crónicas nos cuenta parte de su vida e interviene en primera persona en el campo de batalla de su libro de historia, con esa preocupación desinteresada del autor en su deseo de posteridad: “Y lo que no dirás es cómo ese libro es y no es también un accidente profesional, provocado por un plan familiar de vida totalmente parisina durante un tiempo, lo que te llevó al castillo de Vincennes y a esos archivos militares. México-París, París-México. Otra Intervención” (p. 272). Nuestra sociedad caracterizada y dominada por el individualismo (el Yo) piensa los destinos humanos al individualizar a los oficiales. Con este giro meyeriano la historia retoma sentido en la actualidad y nos da un ejemplo metodológico y humano ante la enorme diversidad de modos de hacer historia. Obviamente, estamos ante un proyecto intelectual original guiado por un cuestionamiento y un análisis constantes dentro de la labor histórica. Es como si Jean Meyer fuera un soldado que recobraría la memoria, como si este proceso psicológico de la memoria individual fuera su libro, pero una memoria consciente y crítica, basada y guiada por expedientes militares del archivo histórico de Vincennes: “Nos dejamos embaucar con un pequeño juego de Macao. Delval perdió 600 pesos, Marilhat, Seytre y yo 100 pesos cada uno y Ludovici 60 pesos con Dussolier, quien recibió así del cielo unos 960 pesos” (p. 241).



Foto 1. Tumba del oficial francés Marilhat ubicada en el cementerio municipal Juan de la Luz Enríquez, en Orizaba, Veracruz, México.  
Foto: Solène Garotin, julio de 2008.